

## EL NEOKANTISMO EN MÉXICO

*Dulce María Granja de Castro*  
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

### Introducción

**A**ntes de examinar el desarrollo del neokantismo en México, me parece conveniente esbozar los rasgos más característicos del neokantismo alemán para ofrecer un marco de referencia que nos permita ubicar los puntos de vista que sostuvieron los neokantianos mexicanos y que nos haga ver que tales puntos de vista difícilmente podrían considerarse demasiado apartados del marco de referencia original. Me limitaré al neokantismo de Marburgo y de Baden, por ser las dos escuelas que se siguieron en México.

'Neokantismo' es un término usado para designar un grupo de movimientos, hasta cierto punto afines, que prevalecieron en Alemania entre 1860 y 1920, y que tuvieron poco en común, fuera de una vigorosa apelación a Kant como origen de la convicción de que la filosofía sólo podría ser una "ciencia" si regresaba al método y al espíritu del filósofo prusiano. En efecto, a la muerte de Kant se desarrolla en Alemania el pensamiento idealista de los llamados "poskantianos", i. e., Fichte, Schelling y Hegel, que si bien fue recibido inicialmente con el entusiasmo propio de toda novedad, no tardó en encontrar una decidida reacción crítica procedente del positivismo de Comte y el materialismo de Büchner, Vogt y Haeckel. Además estaban presentes en el escenario filosófico de ese momento las querellas entre las posiciones realista de Herbart, trascendentalista de Schopenhauer y empirista de Fries. Así, parecía que los conflictos entre todas ellas justificaban la necesidad de levantar de nuevo la crítica kantiana señalando las limitaciones del conocimiento humano. Ya antes de que apareciera el movimiento neokantiano propiamente dicho, se escucharon llamadas de un retorno a Kant, muy comprensibles en aquellas circunstancias de oposición y enfrentamiento,

como medio para escapar de todos aquellos tipos de Filosofía que Kant habría considerado como imposibles, e. g., el idealismo absoluto hegeliano o el materialismo, y que parecían, cada vez más, incapaces de ofrecer algo de valor a la vida intelectual alemana, como no fuera una mera oposición al materialismo procedente del florecimiento de las ciencias naturales, la tecnología y la economía nacional.

El positivismo domina la segunda mitad del siglo XIX, y el hecho de que los reivindicadores finiseculares de Kant —los filósofos de Marburgo y Baden— respiren todavía su clima espiritual, determina en gran parte el sentido y la interpretación que nos ofrecen de la filosofía del pensador prusiano. En efecto, cuando en el último tercio del siglo pasado surge el neokantismo, nace con la doble convicción antimetafísica y cientificista del positivismo. Ahora bien, una “vuelta a Kant” supone que ha habido previamente un alejamiento de aquello a lo cual hay que regresar. En efecto, la filosofía alemana se había apartado, más que de Kant, de aquello a lo que dio lugar la primera expansión del pensamiento kantiano, esto es, el idealismo absoluto de los grandes sistemas de Fichte, Schelling y Hegel. La crítica trascendental de Kant se había convertido súbitamente, en manos de los primeros poskantianos, en un nuevo “dogmatismo” de altos vuelos metafísicos. Este vertiginoso periodo de fuerte carga metafísica brotó con la brillantez y la fugacidad de una llamarada. Quizá este carácter impetuoso es lo que ha dado lugar al apelativo de “romántica” con el que suele calificarse tal filosofía. En el breve lapso de unos 30 años, se produce su esplendorosa eclosión y se inicia su rápida declinación. Como fecha simbólica de este ocaso se puede fijar la muerte de Hegel en 1831. Sólo un año antes, Comte terminaba de exponer su famoso *Curso de filosofía positiva*. En efecto, la expresión filosófica del alejamiento al que antes nos referíamos fue precisamente el positivismo.

En la medida en que cabe decir que un movimiento intelectual tiene un comienzo específico en el tiempo, podría señalarse el ensayo del joven Otto Liebmann *Kant und die Epigonen*, publicado en 1865, como la obra que da el impulso decisivo para la constitución del movimiento neokantiano. La exhortación que se repite al final de cada uno de los capítulos del opúsculo: *Also muss nach Kant zurückgegangen werden* (Así pues, hay que volver a Kant), se enarbola como lema de esta nueva corriente destinada a convertirse en uno de los movimientos intelectuales más poderosos dentro de la filosofía alemana. Así, desde mediados del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, el neokantismo llegó a ser la filosofía académica o escolar de Alemania y, de hecho, la mayoría de las cátedras de filosofía de las universidades germánicas estaban ocupadas por representantes de este movimiento.

El neokantismo brotó de la peculiar situación social y cultural de la ciencia y la filosofía de la *Kulturkampf* de Bismarck y, a su vez, constituyó una nueva postura académica con muchas de las características de una moda intelectual. Así, casi todos los grupos neokantianos tenían sus propias revistas; las doctrinas se conocían por los nombres de las universidades en las que se originaban; se entraba o salía del neokantismo como si éste fuera un partido político o una cofradía; los miembros de una escuela cancelaban y rechazaban las promociones de los miembros de las otras escuelas; prominentes filósofos que no fundaron su propia escuela o que no se adaptaron a alguna de las ya existentes fueron despreciados como intrusos y desdeñados como aficionados. Quizá un buen ejemplo del provincialismo neokantiano sea lo ocurrido con el llamado “filósofo solitario” de la Universidad de Berlín, Georg Simmel, a quien se le achacó ser poco sistemático y académico y se le relegó como *amateur*; discípulo rebelde de Eduard Zeller, no se dobló a la jerarquía de la autoridad académica y nunca fue promovido; pese a sus seis libros publicados y más de 60 artículos, no alcanzó a ser titular sino hasta cuatro años antes de su muerte, y no en la Universidad de Berlín, sino en la de Estrasburgo. Sólo después se ha reconocido el valor y la importancia de su pensamiento y se ha visto que Simmel fue un pensador muy original, alejado de los caminos trillados y ajeno a las frases manidas. También se ha reconocido la enorme influencia que tuvo sobre Ortega y Gasset en su “metafísica de la vida”.

Un par de textos muy ilustrativos del escolasticismo neokantiano es la carta que Ortega dirige a Unamuno y en la que describe a su maestro, Paul Natorp, como un hombre que a pesar de sus muchos conocimientos tiene un “decidido espíritu de escuela que impone a todo sistema los esquemas neokantianos”.<sup>1</sup> En otro momento Ortega dice, entre broma y veras, que “Natorp, hombre buenísimo, sencillo, tierno, con un alma de tórtola y una melena de Robinson Crusoe, cometió la crueldad de tener 12 o 14 años a Platón encerrado en una mazmorra... someténdolo a los mayores tormentos para obligarle a declarar que él, Platón, había dicho exactamente que Natorp”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Cfr.: carta de Ortega a Unamuno fechada el 27 de enero de 1907 y que se encuentra en M. De Unamuno y J. Ortega y Gasset, “Epistolario”, en *Revista de Occidente*, 19, octubre de 1964, p. 12.

<sup>2</sup> Cfr.: Ortega y Gasset, “Prólogo para alemanes”, en *Obras completas*, vol. VIII, 2a. ed., 1965, p. 35-36. Véase también “Ensayo de estética a manera de prólogo”, en *Obras completas*, vol. VI, 6a. ed., 1964, p. 265.

Con el neokantismo se produjo una serie de obras importantes sobre el filósofo de Königsberg en que se investiga su filosofía; encontramos entre los neokantianos un buen número de eminentes filósofos y autorizados historiadores de la filosofía cuya investigación filológica y biográfica, de interpretación y comentario, contribuyó notablemente al aportar una nueva claridad en la comprensión de la filosofía en general. Todos los representantes de esta dirección alternaron el estudio de los problemas teóricos con las investigaciones históricas en torno a los mismos problemas; se emprendió la tarea de revisar y editar críticamente los escritos de Kant. Se impulsó la aparición de las grandes ediciones clásicas de la "Real Academia Prusiana de Ciencias" (hoy Academia Alemana de Ciencias) tan cuidadosas y precisas en todos los detalles de su texto y que han servido de base a ulteriores ediciones en todas las lenguas.

Dada la complejidad y tensiones internas en el pensamiento del sabio de Königsberg, no todos los neokantianos sacaron el mismo mensaje y la diversidad de las enseñanzas entre ellos fue tan grande como lo resonante de sus disputas. Los neokantianos no coincidieron, ni mucho menos, en la valoración de las aportaciones y los límites exactos del legado original de Kant. Tampoco llegaron a un consenso en cuanto a la dirección en que debía reajustarse o desarrollarse la filosofía del pensador prusiano. A fines del siglo pasado, los neokantianos estaban tan divididos como lo estuvo la primera generación de poskantianos, i. e., Fichte, Schelling y Hegel, y los distintos movimientos neokantianos se desarrollaron en direcciones caracterizadas más tarde con términos tan disímolos como, e. g., 'neohegelianismo' o 'neofichte-nismo'. Así, el neokantismo se desarrolló en tantas formas cuantos fueron sus representantes. Pero mientras que los primeros poskantianos habían usado las palabras de Kant siendo ajenos a su espíritu, los neokantianos fueron revisionistas respecto de la letra. Tratando de legitimar sus enmiendas del texto kantiano mediante las *ipsissima verba* del pensador de Königsberg, crearon —¡qué paradoja!— el arte de la filología kantiana y empezó así un análisis de los textos de Kant que "no ha sido igualado en su microscópica puntuosidad, excepto por la exégesis de la Biblia y de algunos de los autores clásicos".<sup>3</sup> Quizá un buen ejemplo del arte y laboriosidad de la filología kantiana es el enorme comentario de dos volúmenes de Hans Vaihinger a las primeras setenta páginas de la *Crítica de la razón pura*.

<sup>3</sup> Cfr.: Lewis White Beck, "Neo-Kantianism", en *The Encyclopedia of Philosophy*, vol. V, MacMillan & Free Press, New York, 1967, p. 468-473.

### Los primeros neokantianos

Las nuevas interpretaciones de Kant que presentaban los primeros neokantianos en la segunda mitad del siglo XIX contrastan con las interpretaciones de la generación inmediata anterior —i. e., la de los poskantianos Fichte, Schelling y Hegel— en los siguientes rasgos: 1. Trataban de revalorizar el criticismo del filósofo de Königsberg frente a la deformación que, según ellos, se había hecho de él en el idealismo absoluto. 2. Intentaban tener en cuenta las aportaciones del positivismo y el materialismo, pero sin caer en su dogmatismo anticientífico. El neokantismo se perfila con una fuerte dosis de crítica del conocimiento, y aunque empezó abordando problemas de carácter epistemológico, se extendió a todos los campos de la filosofía. De hecho, el primer impulso hacia el resurgimiento de las ideas fundamentales de Kant tuvo lugar en el ámbito de las ciencias naturales.

Entre los primeros neokantianos hay que mencionar los nombres de Kuno Fischer y Eduard Zeller. Fischer fue el maestro de Otto Liebmann y de Wilhelm Windelband y el más grande historiador de la filosofía de su época. Eduard Zeller, durante una conferencia presentada en 1862 como introducción a sus cursos de lógica y epistemología en la Universidad de Heidelberg, utiliza por vez primera la expresión, hoy común, de 'teoría del conocimiento'. En dichos cursos insiste en un retorno a la teoría del conocimiento de Kant y sostiene que ésta constituye la base formal de la filosofía como un todo y que a partir de ella ha de establecerse el método correcto tanto de la filosofía como de la ciencia en general. Este subrayar la importancia de la teoría del conocimiento se transformará en uno de los rasgos más señalados del movimiento neokantiano, junto con el del rechazo de la metafísica.

Casi simultáneamente, otros dos hombres, Helmholtz y Lange, tomaron una ruta muy distinta de la de Fischer y Zeller para hacer, igualmente, una "peregrinación espiritual" a Königsberg. La figura de Hermann Helmholtz como el físico y fisiólogo alemán más famoso del siglo XIX, pesó mucho en la dirección que tomó el neokantismo. Helmholtz rechazó decididamente la metafísica y exaltó a la filosofía como sierva de la ciencia, con lo cual "volver a Kant" se hizo equivalente a inclinarse a favor de la ciencia derogando la metafísica. Dentro de una tónica empírica, Helmholtz expone una interpretación fisiológica de la noción de *a priori*, toma el sujeto kantiano en sentido psicológico y considera que la teoría del conocimiento es una fisiología de los sentidos. En este mismo contexto hay que situar a Friedrich Lange, el fundador del pragmatismo alemán y maestro del famoso Hermann Cohen. Lange rechazó total-

mente las tesis kantianas en torno a la estructura de un mundo inteligible y sostuvo que en la medida en que la realidad puede ser conocida y la materia en sí misma no es más que un mero fenómeno, el materialismo resulta la posición más adecuada. Sin embargo, Lange se opuso al materialismo e intentó poner al descubierto las inadmisibles pretensiones metafísicas inherentes en él. En el campo de la filosofía práctica, Lange se aparta de las concepciones kantianas aún más de lo que ya se había apartado en la filosofía especulativa. Para él, ética, estética y religión no pueden tener valor científico y pertenecen al ámbito de lo que él denomina “fantasía poética” (*Dichtung*). Para Lange el conocimiento no cubre la totalidad de los propósitos del ser humano; éste tiene necesidad de completar su realidad fenoménica y avanzar más allá de los fenómenos en la creación libre de un mundo ideal. Ésta “poesía conceptual”, a la que también pertenece la metafísica, es necesaria como expresión de ciertas aspiraciones humanas, e. g., la aspiración a la armonía y unidad totales. La necesidad de construir sistemas religiosos o metafísicos brota de estas aspiraciones. Pero tales sistemas son “ficciones” de cada individuo. Por ello no puede hablarse de “verdad” en tales sistemas sino únicamente de “valor”. Dicho valor no consiste en sus contenidos teóricos, sino en su capacidad de elevarnos más allá de lo fenoménico. Para Lange las ideas religiosas han de considerarse como símbolos, por lo cual la crítica científica no puede destruirlas. Metafísica, ética y religión son, en última instancia, de carácter “estético”, es decir, expresiones de ideales, no de realidades.

Lange se interesó en cuestiones sociales e intervino en varias publicaciones social-democráticas. Influyó enormemente en su alumno Hermann Cohen, especialmente en el modo como este último transformó el materialismo de Marx en un humanismo social no materialista.

Pero para examinar brevemente la aportación de la Escuela de Marburgo es necesario referirnos a la figura de Alois Riehl, dada la importancia que ejerció en dicha escuela. Para Riehl la teoría del conocimiento es “la ciencia fundamental” y la filosofía como ciencia sólo es posible si se reduce a dicha teoría; el conocimiento del que parte tal teoría es el empírico, entendiendo por él las percepciones sensibles y las operaciones por las cuales éstas se relacionan. Para Riehl, el mundo externo es real, pero ignoramos la estructura constitutiva de esta realidad que opera sobre nosotros. Entre los pensadores del movimiento neokantiano, Riehl fue el más fuertemente influenciado por el positivismo. Para él la filosofía científica, en el sentido estricto del término, no es más que epistemología y metodología de las ciencias particulares. Para Riehl no existe un campo de estudio especial reservado al dominio propio de la

filosofía y ésta consiste en reflexionar sobre la estructura del conocimiento científico. Es claro que para Riehl la metafísica queda eliminada como ciencia.

### La Escuela de Marburgo

La Escuela de Marburgo está representada por la figura de su fundador, Hermann Cohen, y la de su discípulo y continuador más allegado: Paul Natorp. La postura de Cohen se distingue de la de los primeros neokantianos que acabamos de resumir en que Cohen rechazó el naturalismo que consideraba inherente al kantianismo de Helmholtz y Lange. En efecto, Cohen consideró que los pioneros del neokantismo se equivocaron al pensar que la filosofía tenía como tarea realizar un análisis de la conciencia que mostrara cómo dicha conciencia aplica conceptos a los datos de las sensaciones a fin de producir descripciones fenoménicas del mundo distintas de lo que las cosas son en sí. Según Cohen, el hecho que debe explicar la filosofía no es este dudoso proceso psicológico, sino más bien el hecho de la ciencia en sí. En correspondencia con esto, la filosofía no ha de ocuparse, en el aspecto ético, de explicar las aspiraciones, motivos y sentimientos de deber, sino más bien habrá de explicar el hecho de la sociedad civil formada según las leyes de la ciencia de la jurisprudencia. A juicio de Cohen, el propio Kant trató de explicar los hechos de la ciencia y la cultura, pero falló al no separar dichos hechos de los otros hechos psicológicos y fenoménicos a los cuales están vinculados.

La Escuela de Marburgo se caracterizó por defender una interpretación "logicista" de Kant que elimina todos los aspectos psicológicos y metafísicos y enfatiza la importancia del método trascendental. En efecto, Cohen considera que la lógica no puede ser ni psicológica ni formal. La lógica es lógica del conocimiento y no del pensamiento vacío, i. e., es una lógica de la verdad. Según dicha lógica, toda proposición es verdadera sólo en virtud de su posición sistemática dentro de un cuerpo de leyes universales. Para Cohen nada hay dado (*gegeben*) al pensamiento y nada hay independiente de él. El pensamiento produce (*Erzeugung*) o genera tanto el contenido como la forma del pensamiento. Dicho contenido del pensamiento es real en sí mismo y es el objeto y la meta del conocimiento. Cohen desarrolló un sistema que, alejándose cada vez más de la posición de Kant y acercándose a la de Hegel, bien podría ser denominado "panlogismo objetivo", pues en él se ha eliminado la dualidad pensamiento-objeto y el pensamiento no es entendido psicológicamente como

un acto subjetivo, sino como contenido lógico objetivo, i. e., como todo el conjunto de los contenidos objetivamente válidos del conocimiento. Así, Cohen identifica pensamiento y conocimiento puro y afirma que “la lógica, como doctrina del pensamiento, es en sí doctrina del conocimiento”. Cassirer, el último gran representante de la Escuela de Marburgo y alumno predilecto de Cohen, consideró que su maestro era “uno de los platónicos más resueltos y decididos entre todos los que han aparecido en la historia de la filosofía”.<sup>4</sup> Cuando Cohen afirma que el pensar produce lo que habrá de tenerse como real, no se refiere al pensamiento como un proceso que se desarrolla en un individuo concreto y particular. “Pensamiento” no es un nombre usado para referirse a un proceso, sino para referirse al cuerpo de la aún no acabada historia de la ciencia. Ser es ser pensado; pero ser pensado no es algo que ocurra en la conciencia de alguien. Ser pensado significa ser afirmado bajo los principios inmanentes y *a priori* que indefectiblemente determinan la única estructura matemática de la física. Por otra parte, en cuanto que el pensamiento no puede tener su origen fuera de sí y no presupone ningún dato independiente de él, la intuición sensible queda fuera de la lógica del conocimiento puro. En efecto, la sensación se da en la conciencia, pero no presenta todo lo que se tiene por “real” en el conocimiento. La sensación, dice Cohen, es sólo un signo de interrogación que señala un problema que el pensamiento debe resolver con su actividad lógica, mediante las categorías y los juicios, produciendo el contenido esencial o estructura interna del objeto. Así, la lógica ha suprimido a la ontología pues el pensamiento es el contenido de la conciencia y, a la vez, la estructura interna del objeto de la ciencia. Es claro que Cohen está dando por sentado una racionalidad absoluta y total del conocimiento y de la realidad, así como la legitimidad del tránsito libre e irrestricto del uno a la otra. Es más, Cohen sostendrá que, puesto que el pensamiento produce el objeto mediante su actividad lógica, todo lo que se admitiera más allá de este orden lógico sería carente de sentido. Esta concepción del objeto es la estrategia con la cual Cohen pretende haber lanzado el mayor ataque posible contra la metafísica

Por su parte, Natorp se propuso dejar atrás el panlogismo antipsicologista de su maestro, pero sin caer en una concepción naturalista del sujeto cognoscente, la cual, según él, lo habría llevado al relativismo y escepticismo. Como primera parte de la estrategia para alcanzar este objetivo, Natorp sostuvo la clásica idea kantiana según la cual entre el yo empírico y el objeto empírico se establece una relación necesaria y

<sup>4</sup> Citado por Lewis White Beck, *op. cit.*, p. 471.



no son fenómenos independientes. En segundo lugar, Natorp insistió en que el yo puro no podía ser un objeto, sino más bien se trataba de un “concepto límite” (*Grenzbegriff*) de la cosa en sí. Para Natorp lo objetivo y lo subjetivo no son dos reinos opuestos entre sí. Tampoco reinos en el que uno incluye al otro. Son más bien dos direcciones del conocimiento: la objetivación y la subjetivación. Estas direcciones parten del mismo fenómeno y, empleando el método trascendental de la constitución categorial, se resuelven respectivamente en las categorías de producción (*Erzeugung*) y origen (*Ursprung*). A juicio de Natorp, el panlogismo antisubjetivista de su maestro había llevado a éste a una posición muy cercana a la sostenida por Husserl hacia 1900, cuando publica las *Investigaciones lógicas*. De igual manera, Natorp consideró que la tarea que él mismo había emprendido lo había llevado muy cerca de la posición que Husserl expuso, trece años más tarde, en sus *Ideas sobre una fenomenología pura*. Siendo este el contexto de la filosofía alemana, no es extraño que Nicolai Hartmann, el discípulo de Natorp, se separara explícitamente del neokantismo y se orientara hacia la fenomenología.

### La Escuela de Baden

La Escuela de Baden también es conocida como “escuela del sudoeste alemán” y se desarrolló en las Universidades de Friburgo y Heidelberg. Las figuras más prominentes de esta escuela son Wilhelm Windelband, su fundador y Heinrich Rickert, el continuador y sistematizador de las ideas del primero.

El problema que dio origen a la Escuela de Baden, enormemente influenciada por Riehl, puede describirse de la siguiente manera. Riehl, uno de los personajes principales en este escenario filosófico, sostenía, según ya se ha dicho que la filosofía científica, en el estricto sentido del término, era equivalente a la mera epistemología y metodología de las ciencias particulares. No existe, según él, un campo de estudio reservado a la filosofía como su propio dominio. La filosofía se reduce a ser una reflexión sobre la estructura lógica del conocimiento científico. No obstante el confinamiento de la filosofía a la pura ciencia del conocimiento, Riehl aceptó una “teoría de los valores” totalmente ajena a la ciencia y a la reflexión filosófica sobre ella. En efecto, Riehl admite que debe haber una “teleología de la vida humana”, para la cual el mero conocimiento de la naturaleza no es suficiente. Sin embargo, el propio Riehl no estudió sistemáticamente los problemas de dicha teleología, en especial los proble-

mas de ética, estética y filosofía de la historia, y sólo ocasionalmente hizo alguna alusión o alguna referencia oblicua a ellos. Las “cosmovisiones” (*Weltanschauungen*), como él las llamaba, no son objeto del entendimiento y por ello son subjetivas; no pertenecen a la ciencia, sino a la fe. Este divorcio entre el conocimiento y la fe trajo consigo el peligro de considerar que sólo el conocimiento natural tenía valor científico. Así, las “ciencias del espíritu” (*Geisteswissenschaften*), las ciencias de la realidad histórica de los productos del espíritu humano, quedaron privadas de una fundamentación metodológica específica. Subsanan esta carencia fue uno de los principales cometidos de la Escuela de Baden. Esto exigía trazar previamente una clara distinción entre las ciencias ejemplificadas por la historia y las representadas por la ciencia de la naturaleza, tarea a la cual se abocó Windelband. De hecho, la enseñanza por la que principalmente se recuerda al fundador de la Escuela de Baden es la distinción entre las ciencias naturales e históricas, entendidas respectivamente como ciencias “nomotéticas” y ciencias “ideográficas”, i. e., como ciencias que proporcionan leyes y ciencias que describen individuos concretos.

La Escuela de Baden se presenta como una reacción contra las concepciones utilitaristas y relativistas del valor, específicamente contra las concepciones de Meinong y Ehrenfels y de Nietzsche, respectivamente. Windelband sostiene una “teoría de los valores como ciencia filosófica fundamental”, en la cual éstos representan la superación de todo relativismo pues permiten el acceso al ámbito de lo absoluto e intemporalmente válido. De hecho, la doctrina más característica de Windelband afirma que el problema epistemológico es en realidad un problema axiológico, ya que un juicio es conocido como verdadero no mediante su comparación con un objeto o cosa en sí, sino gracias a su conformidad al deber de reconocerlo o a la necesidad de afirmarlo.

Para Windelband, en la interpretación crítica del mundo cultural e histórico se descubre el genuino significado del criticismo kantiano. Para él, las ciencias históricas se constituyen mediante un sistema de principios críticos denominados “valores” y que son el objeto de la filosofía crítica. Dicha filosofía no se ocupa de juicios de hechos o de objetos particulares que constituyen el material empírico, sino de *juicios de valor* que implican referencia necesaria a la conciencia que juzga. Esta conciencia se desarrolla en tres ámbitos: la ciencia, la moral y el arte. Así, la filosofía crítica indagará si hay conocimiento con valor absoluto y necesario de verdad, si hay un querer y obrar que tengan valor absoluto de bien y si hay un sentir que posea valor absoluto de belleza.

El neokantismo que despuntó con Liebman y Lange y que llegó a su ocaso con Cassirer (el último marburgués) y con Bruno Bauch (el último heidelbergiano) presagia muchas de las tesis de la tradición analítica del siglo xx y de la interpretación convencional que dicha tradición ha hecho de la filosofía kantiana en general (e. g., las interpretaciones de Harold Prichard, Peter Strawson, Jonathan Bennet y Paul Guyer). A mi juicio, el neokantismo fue una evolución parcial e insuficiente de la filosofía de Kant, pues aisló y desarrolló sólo parte de algunas tesis kantianas centrales dejando de lado ex profeso otras nociones cruciales del idealismo trascendental inseparables del conjunto de la doctrina del filósofo prusiano. Los neokantianos eludieron sistemáticamente la distinción entre el carácter psicológico y el carácter trascendental de las condiciones posibilitantes del conocimiento, dando por resultado que el carácter trascendental de la postura kantiana fue interpretado de manera subjetivista. Las importantes omisiones de tesis cruciales de la estética y la lógica trascendentales llevaron a los neokantianos a desatender la rica veta de realismo empírico que recorre la filosofía kantiana y los colocó en posiciones mucho más próximas a Hegel y Fichte que a Kant. El peregrinaje espiritual a Königsberg llegó sólo a Jena y Berlín.

No obstante, el neokantismo prefiguró el positivismo lógico de nuestro siglo y recuperó parte del equilibrio entre razón y experiencia que se había perdido en el desarrollo del idealismo absoluto, lo cual permitió el surgimiento de la epistemología actual. Además, el neokantismo no fue sólo o principalmente una corriente epistemológica: también desarrolló y subrayó insistentemente el aspecto social, tanto en lo ético como en lo político. Muchas de las ideas de estas áreas de la filosofía que solemos asociar con el siglo XX, fueron ampliamente anticipadas y claramente delineadas por los neokantianos alemanes del siglo XIX.

Finalmente, además de la tradición analítica de nuestro siglo, también otras importantes corrientes filosóficas actuales como la axiología, y la fenomenología, tuvieron su cuna en las escuelas Neokantianas del siglo pasado.

### **Los orígenes del neokantismo en México**

En esta segunda parte del trabajo, mi intención es abordar los factores que intervinieron en el origen del movimiento neokantiano en México examinando las influencias que permiten explicar su presencia entre nosotros.

Considero que el primer factor, cronológicamente hablando, puede calificarse como un antecedente general y atribuirse a la eminente figura de José Ortega y Gasset, cuya acción intelectual se desplegó en tres direcciones: sus libros, su cátedra y la *Revista de Occidente* con sus diversas publicaciones.

En noviembre de 1910 Ortega gana la cátedra de metafísica de la Universidad Central de Madrid. A través de dicha cátedra Ortega se da a conocer como neokantiano e introduce en España el neokantismo de Marburgo. A partir de esa fecha, Ortega acentúa en su labor la tarea de la germanización cultural de España y lo hace desechando explícitamente la preeminencia de la cultura francesa del momento. Hay que recordar que Cohen, Natorp y Wundt fueron los maestros de Ortega en sus años de formación en Alemania; él estuvo en las universidades de Leipzig, Berlín y Marburgo desde abril de 1905 hasta agosto de 1907 y es posible que en Berlín asistiera a los cursos de Alois Riehl y Georg Simmel.

Sin embargo, el abstracto y rígido sistema del pensamiento puro de sus maestros marburgenses no armonizaba con la personalidad filosófica de Ortega. No es extraño que Ortega pronto desertara del neokantismo y se orientara en una dirección nueva y personal.

Ahora bien, la presencia de Ortega como antecedente específico del neokantismo mexicano está más señaladamente en su labor editorial que en su cátedra. En efecto, hacia 1923 funda la editorial *Revista de Occidente*, cuyo propósito era dar a conocer, en lengua española, lo más relevante de la literatura, la ciencia y la filosofía contemporáneas. La empresa editorial de Ortega tuvo una enorme influencia en el pensamiento contemporáneo de lengua española y bien puede decirse que al esfuerzo de Ortega como editor y publicista se debe fundamentalmente la introducción de la filosofía alemana contemporánea en los países de habla española. La orientación fue básicamente, y por momentos exclusivamente, alemana, lo que le valdría posteriormente, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, ser acusado de germanizante.

Un poco más tarde, hacia 1938, se deja sentir de un modo nuevo la presencia de Ortega en nuestra patria a través de la emigración de distinguidos intelectuales españoles por los acontecimientos de la Guerra Civil. Esta nueva etapa de la influencia orteguiana llegará a ser decisiva para el desarrollo de las diversas expresiones de la filosofía en México. La Universidad Nacional, que castigada por los vaivenes de la Revolución se esforzaba titánicamente desde tiempos de Vasconcelos por reconstruirse y contribuir a la reconstrucción de la Nación, recibió, hacia fines de los años treinta, un enorme e inesperado empujón hacia arriba por parte de los exiliados españo-

les. Todos estos exiliados tenían cierta afinidad con la Escuela de Madrid y con la orientación germánica de Ortega y sus enseñanzas en México tuvieron el efecto de intensificar el estudio del pensamiento contemporáneo alemán y propagar el punto de vista orteguiano.

Entre los exiliados españoles sobresalían importantes alumnos de Ortega, como José Gaos, Juan David García Bacca, Luis Recasenz Siches, etcétera.

Con los exiliados españoles polemizan incesantemente los principales representantes del movimiento neokantiano en México; en especial destacan las polémicas entre José Gaos y Francisco Larroyo y entre Guillermo Héctor Rodríguez y Luis Recasenz Siches y Antonio Caso.

El segundo factor de aparición del neokantismo en México puede calificarse como un antecedente específico y atribuirse a la labor filosófica de Adalberto García de Mendoza, quien puede ser contado como uno de los miembros representativos de las primeras generaciones de discípulos de Antonio Caso. Sin embargo, esto no significa, contrariamente a lo que podría pensarse, que la figura del maestro Caso pueda verse asociada a la aparición del neokantismo en México. Que el neokantismo mexicano no surgiera de los cursos de Caso es un asunto que conviene aclarar antes de examinar la labor de García de Mendoza. En efecto, no faltó quien pensara, como Larroyo, que el maestro Caso influyó de manera significativa en la aparición de esta corriente filosófica en nuestra patria. Estoy en desacuerdo con esta opinión de Larroyo y de muchos otros, y a continuación daré las razones en las que apoyo mi discrepancia.

Es bien sabido que Caso rehusó especular a través de ningún sistema filosófico y trató de meditar sin compromisos ideológicos; no se afilió a ningún sistema ni trató de crear otro. Creo que este rasgo de la filosofía de Caso puede explicarse, al menos en parte, recurriendo a un doble factor teórico e histórico. Formado en el rígido y opresivo positivismo de la Preparatoria de Gabino Barreda, Caso pronto se opuso a la insuficiencia de su plan educativo y a su precaria formación en humanidades. El examen, libre de prejuicios, de los principios antimetafísicos de la escuela positivista, se tradujo en la profunda convicción de Caso respecto al valor intrínseco de la libertad de pensamiento; tal convicción se manifestó en las apasionadas polémicas que entabló Caso en su defensa de la libertad de cátedra y en su decidido repudio contra todo sectarismo y provincialismo.

Por otra parte, de hecho Caso nunca ofreció en alguna de sus cátedras algún curso sobre neokantismo. Esto no se debió a que Caso desconociera las novedades del pensamiento filosófico, sino más bien porque nunca se adhirió a las doctrinas de

los neokantianos alemanes, a los cuales consideraba como “corruptores de Kant”. En efecto, se ha dicho que uno de los rasgos dominantes del neokantismo alemán fue su rechazo a la metafísica y que este rasgo fue todavía más marcado entre los neokantianos mexicanos. Si además de esto tenemos en cuenta que Caso fue el adversario más decidido de la filosofía positivista y el restaurador de la especulación metafísica en nuestro medio, es claro que podría concluirse válidamente que la figura del maestro Caso no puede asociarse con la aparición del neokantismo en México. Ahora estamos ya en condiciones de referirnos a la labor de Adalberto García de Mendoza, a quien sí puede considerarse como el introductor y promotor de la filosofía neokantiana en México.

Adalberto García de Mendoza nació en Pachuca en 1900. A los 18 años parte hacia distintas universidades alemanas donde estudia durante siete años, por lo que puede decirse que su formación filosófica no se debe al maestro Antonio Caso. En 1926 García de Mendoza regresa a México con un gran acervo bibliográfico de los más relevantes filósofos alemanes de ese entonces y empieza a impartir los cursos de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria y de epistemología analítica, metafísica y fenomenología en la Facultad de Filosofía y Letras, en los cuales expuso, por primera vez en las aulas mexicanas, las doctrinas neokantianas, fenomenológicas y existencialistas en boga.

A pesar de que García de Mendoza no era un neokantiano convencido y se declaró, más bien, fenomenólogo, los primeros frutos de su labor magisterial tomaron la dirección de los filósofos de Baden y Marburgo. Ya en 1928 tales filósofos resultaban familiares para los estudiantes de las cátedras de García de Mendoza, entre los cuales destacaron los que, con el correr de los años, llegarían a ser los caudillos de esa corriente en México: Francisco Larroyo y Guillermo Héctor Rodríguez. Por lo tanto, García de Mendoza puede ser considerado el padre del neokantismo mexicano.

A continuación se examinarán los principales rasgos de las aportaciones de Larroyo y Rodríguez.

### **Francisco Larroyo y Guillermo Héctor Rodríguez**

Francisco Larroyo nació en Zacatecas en 1908 y murió en la Ciudad de México en 1981. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria, hizo la carrera de maestro normalista y permaneció en la Facultad de Filosofía y Letras durante 1930 y 1931, año

en el que parte para estudiar en las universidades alemanas de Friburgo, Heidelberg y Berlín, en las cuales permanece hasta 1933. Larroyo se inclinó más por la escuela de Baden que por la de Marburgo y eligió la pedagogía como disciplina secundaria. A su regreso a México, Larroyo se incorpora como profesor en la Escuela Nacional de Maestros, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras. Un par de años más tarde funda el Círculo de amigos de la filosofía crítica y empieza la publicación del órgano oficial de dicho círculo, conocido como *Gaceta filosófica de los neokantianos de México*.

Por esta misma época, Larroyo se desempeñó en varios cargos públicos en la Secretaría de Educación Pública, entre los cuales hay que destacar el de la Dirección General de Enseñanza Normal, recién creada, a instancias de Larroyo, por Manuel Gual Vidal, Secretario de Educación durante el régimen del presidente Alemán. En 1955 funda la carrera de Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras y en 1958 es nombrado Director de dicha facultad durante dos periodos. También fue el primer Coordinador de Humanidades en la Universidad Nacional.

Pertenecieron al Círculo de amigos de la filosofía crítica Alberto Díaz Mora, Alfonso Juárez, Eduardo Rivas Juárez, Enrique Espinosa, Otila Boone, Margarita Talamás. Juan Manuel Terán, Alberto Arai, Miguel Bueno González, Elí de Gortari, Ángel Rodríguez Cartas, Fausto Terrazas, Celia Garduño, Pedro Rojas, Francisco Xavier Amezcua, Matías López Chaparro, Juan Pablo Quintana, Miguel Bueno Malo, Ernesto Scheffler. Todos ellos se desempeñaban como maestros en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Normal para Maestros, la Escuela Normal Superior y la Facultad de Filosofía y Letras.

Larroyo escribió más de 40 libros, la mayoría de ellos textos escolares para la Preparatoria o las escuelas normales. Muchos de estos textos han llegado hasta la 20a. edición, con tirajes de cinco mil a ocho mil ejemplares por edición. Estos libros de texto, que desarrollaban los programas vigentes en la Escuela Preparatoria y en las diversas instituciones formadoras de maestros, podrían dividirse en dos grandes grupos: a) obras pedagógicas y didácticas, y b) obras filosóficas.

Las características generales de la obra de Larroyo pueden explicarse, al menos parcialmente, como una respuesta al entorno educativo mexicano prevaleciente en las décadas de los años treinta, cuarentas, cincuentas y sesentas.

Quizá la primera característica que sobresale al examinar la obra de Larroyo, y de la cual se derivan otras más, es su intención didáctica. Sus libros, de un nivel muy sencillo, estaban destinados a la enseñanza y pensados para un público muy amplio:

el vasto sector de la educación media y normalista. Moviéndose en el nivel de la divulgación, Larroyo se limitó a exponer las principales tesis de las escuelas neokantianas de Baden y Marburgo que ya hemos reseñado, sin tomar distancia crítica respecto a ellas y sin cuestionar sus principios. A excepción de sus polémicas y de alguna de sus obras más tardías (e. g., *La antropología concreta* y el *Sistema de estética*), sus libros conservan el tono y el nivel propios del manual de enseñanza media. La segunda característica que habría que destacar es que la obra de Larroyo aborda sucintamente una enorme cantidad de temas de todas las áreas de la filosofía a todo lo largo de su historia. Esto llevó a Larroyo a darles un tratamiento muy general e impidió que profundizara e hiciera precisiones. La pluma de Larroyo se ve asociada con una tendencia a simplificar que propició el manejo de criterios totalizadores y juicios radicales carentes de matices. Además de la reproducción y simplificación de las tesis centrales de las escuelas de Baden y Marburgo, sin hacer desarrollos personales nuevos, otro rasgo habitual es la repetición de ideas generales ya expuestas en libros anteriores, pero sin ampliar ni enriquecer los conocimientos ya ofrecidos. Finalmente, el carácter sumario de la obra de Larroyo también se deja sentir en el manejo impreciso que el autor hace de las fuentes de información y en la vaguedad de las citas a las que hace referencia.

Por lo que toca al más importante compañero de armas de Larroyo, Guillermo Héctor Rodríguez, señalaré que nació en Coatepec, Veracruz en 1910 y murió en el Puerto de Veracruz en 1988. En 1910 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria. A diferencia de Larroyo, Rodríguez nunca estudió en Alemania, prefirió la Escuela de Marburgo, eligió la jurisprudencia como disciplina complementaria, no se entregó de lleno a la tarea magisterial e hizo muy escasas publicaciones plegándose literalmente a las tesis de los filósofos de Marburgo.

La formación original de Rodríguez fue el Derecho. En 1932 empieza su actividad docente en la Escuela Nacional Preparatoria como profesor adjunto de las cátedras de psicología y doctrinas filosóficas. En 1934 empieza a impartir el curso de epistemología en la Facultad de Filosofía y Letras, y en 1935 imparte el curso de Derecho Romano en la Facultad de Derecho. En estas Facultades promueve las doctrinas neokantianas y el positivismo jurídico de Hans Kelsen. Entre los discípulos más destacados de Rodríguez hay que contar a Manuel Echeverría, Ulises Schmill, Armando Morones, Leandro Azuara, Fausto Terrazas, Ariel Peralta, Juan Manuel Terán, Fausto Ballado Berrón y Julio Klein.



En 1937 ingresa al Círculo de amigos de la filosofía crítica recién fundado por Larroyo, obtiene el grado de Licenciado en Derecho con una tesis titulada *Fundamentación de la jurisprudencia como ciencia exacta* y comienza sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras en donde, en 1946, obtiene el grado de Maestro en Filosofía con una tesis titulada *Ética y jurisprudencia: punto de partida y piedra de toque de la ética*, que con el tiempo llegó a ser el trabajo más extenso e importante en la producción de Rodríguez.

Además de su tesis de maestría, Rodríguez publicó la polémica periodística que entabló con Antonio Caso, un opúsculo de conferencias sobre la justicia y un par de artículos en la *Gaceta Filosófica de los Neokantianos de México*. También trabajó, junto con Ernesto Scheffler, otro de los miembros del “Círculo de amigos de la Filosofía Crítica”, en la traducción al español de una gran cantidad de obras de Cohen, Natorp y otros neokantianos alemanes. En efecto, a partir de 1947 y durante el gobierno de Miguel Alemán, la Secretaría de Educación Pública, a través de su secretario, Manuel Gual Vidal, quien se había declarado explícitamente seguidor de las corrientes neokantianas, proporcionó subsidios al Círculo de amigos de la filosofía crítica y a su órgano oficial, la *Gaceta filosófica de los neokantianos de México*. Por desgracia, ninguna de estas numerosas traducciones llegó a publicarse y se conservan, como manuscritos originales legados por Ernesto Scheffer, en la Escuela de Filosofía, Letras e Historia de la Universidad de Guanajuato, en la cual Scheffer trabajó durante 36 años.

### Conclusiones al neokantismo en México

Los brotes más tempranos de neokantismo aparecieron en México alrededor de 1927, cuando Adalberto García de Mendoza regresa de Alemania y empieza a ofrecer sus primeros cursos en la recientemente fundada Facultad de Filosofía y Letras.<sup>5</sup> Sin

---

<sup>5</sup> Recordemos que el 23 de septiembre de 1924, por decreto del entonces presidente Álvaro Obregón, desapareció la Escuela Nacional de Altos Estudios, creada por Justo Sierra 14 años atrás al reabrir la Universidad de México, para dar lugar a la actual Facultad de Filosofía y Letras, por una parte, y a la Escuela Normal Superior, por otra.

embargo, en Alemania el neokantismo se había extinguido desde 1924 y ya no había neokantianos ni siquiera en Marburgo, la principal escuela filosófica alemana desde 1890 y con la más fuerte tradición neokantiana. En efecto, la muerte de Natorp, el último sobreviviente de la escuela de Marburgo, acaecida en 1924, representó la extinción de la corriente neokantiana. De este modo, cuando Larroyo asiste a las universidades alemanas, entre 1930 y 1933, el movimiento neokantiano estaba totalmente periclitado. Larroyo, Rodríguez y sus discípulos fueron verdaderos epígonos del neokantismo.

Una actitud muy cercana a la de imitar una escuela que ha declinado, es la de endurecer los propios puntos de vista y ciertamente Larroyo y Rodríguez endurecieron al máximo las posiciones neokantianas. No sin razón, Gaos dice de ellos: “el doctor Larroyo, el licenciado Rodríguez y los numerosos discípulos de ambos defienden el neokantismo de Marburgo en forma tan ortodoxa que repele toda innovación y compromiso, no se diga componenda”.<sup>6</sup>

A mi juicio, lo más deplorable de los neokantianos mexicanos fue su escolasticismo y su marcado afán polémico y antagonista. Gaos y muchos otros —e. g., Salmerón, Zea, Hernández Luna, Romanell, Uranga, Villegas— consideraron esta inclinación a ver en todo pensador un enemigo filosófico al que había que derrotar como uno de los rasgos más característicos de los neokantianos mexicanos:

El neokantismo ha sido, sin duda, la única escuela contemporánea de formación filosófica digna de ser parangonada con la escolástica: una prueba más son precisamente los maestros que la defienden en México. Pero la crítica definitiva de su insuficiencia *teórica* es la *historia* de la filosofía posterior —o la historia, ni siquiera de la filosofía, no tendría sentido. Su impotencia creadora y la *böses Gewissen* de representar un momento, si tan justificado y fecundo en su presente como lo fue, pasado irremisiblemente, parecen corroboradas por la preponderancia de la polémica en la actividad última de la rama mexicana, libros, cursos, ponencias y *Gaceta*, en la que el cuerpo de cada número está constituido por críticas de posiciones ajenas. Mas como quiera que de ello sea, vista la extinción de la escuela en todos los demás países, empezando por el nativo, ya que de ella se separaron más o menos, pero siempre considerablemente, hasta los epígonos más

<sup>6</sup> Cfr.: Gaos, José, *Filosofía mexicana de nuestros días*, Imprenta Universitaria, México, 1954, p. 37.

conspicuos, Cassirer, Hartmann, Heimsoeth, la rama mexicana constituye un caso de transplante y supervivencia cuyo estudio promete resultados verdaderamente instructivos, de índole histórico-sociológica, ya que de esta índole han de ser las causas del mismo. La axiología objetivista había quedado ya parada en seco en Alemania antes de los últimos y trágicos acontecimientos mundiales, como quien ha entrado por un callejón sin salida. No sé si atreverme a decir que lo que lo cerró fue el existencialismo...<sup>7</sup>

He tratado de patentizar el agudo problema educativo que enfrentaba México al iniciarse este siglo, uno de cuyos aspectos cruciales era, y continúa siendo, la capacitación de los maestros. Nunca ha habido suficientes maestros, particularmente en las zonas rurales, y su formación nunca ha sido suficientemente buena. La formación de los maestros es una tarea mucho más larga y complicada que la de construir escuelas y acondicionar aulas. Los neokantianos mexicanos acogieron las urgentes necesidades educativas del país y se destacaron en el aspecto pedagógico tratando de responder a la apremiante necesidad educativa. A mi juicio, entre las causas de aparición y propagación del neokantismo mexicano pesaron más las de índole histórica y sociológica que las de carácter propiamente filosófico. Estas mismas causas históricas y sociológicas permiten explicar el hecho de que el neokantismo haya perdurado, casi hasta el fin de la década de los sesentas, como un movimiento prácticamente hegemónico en las escuelas normalistas y en la Escuela Nacional Preparatoria. Colocándose en puestos importantes del sistema educativo del país, elaborando muchos libros de texto para la enseñanza media y normalista y desarrollando una intensa labor docente en las normales y las preparatorias, Larroyo y los numerosos miembros de la corriente neokantiana marcaron una línea pedagógica que desplazó en buena medida, durante casi 30 años, a las restantes posiciones filosóficas en México.<sup>8</sup>

México estaba urgido, sobre todo, de encontrar su propia identidad. Hasta 1920 la nación se había debatido entre dos corrientes igualmente poderosas que trataban de absorberla: la liberal (americano-europeizante) y la conservadora (hispanizante). Vasconcelos unificó al pueblo de México llevándolo a un encuentro definitivo e

---

<sup>7</sup> Cfr.: Gaos, José, *op. cit.*, p. 39.

<sup>8</sup> Cfr.: Villegas, Abelardo, "La Filosofía", en Arnaiz y Freg, Arturo, *et. al.*, *México y la Cultura*, Secretaría de Educación Pública, México, 1961, pp. 716 y ss.

irreversible consigo mismo y definió los rasgos de la identidad nacional. La búsqueda cesó pero se *debía continuar* profundizando y asimilando todos los rasgos de esa rica y nada simple identidad del mexicano. Para continuar esa búsqueda, Vasconcelos había señalado la necesidad de crear una especie de consejo educativo que orientara el pensamiento y el desarrollo espiritual del pueblo y tal fue el papel que asumió la SEP como definidora de la cultura en toda su amplitud y no sólo en las ramas profesionales. Vasconcelos exigía a la Universidad acercarse a la realidad nacional y cifraba la independencia de la nación no en el poderío industrial o tecnológico, sino en su identidad. La nación no podía llegar a su madurez desconociendo o negando su pasado; necesitaba identificar sus raíces y aceptarlas.

Sin embargo, en vez de continuar con la filosofía de la educación introducida por Vasconcelos, el régimen de Calles, incluyendo al maximato, optó por implantar la suya propia, la cual fue una caótica sucesión de los más distintos modelos educativos, que fueron desde el pragmatismo de Dewey, en un extremo, hasta Marx y el socialismo en el otro. Por otra parte, una de las causas que dividía al país era la educación socialista que había perdido apoyo por su vaguedad e incongruencia y que, aun antes de terminar el periodo de Cárdenas, había entrado en crisis.<sup>9</sup>

De tal modo, en los tres siguientes regímenes se decía buscar de nuevo la unidad mediante una política de educación nacional mexicana. En efecto, se necesitaba que la educación mexicana dejara de ser un fiel trasunto de la europea y norteamericana y que la enseñanza estatal fuese instrumento de integración y armonía social en toda la nación. Según Avila Camacho y Alemán, sus regímenes querían el disfrute de la modernidad, pero desafortunadamente ninguno de ellos estuvo dispuesto a adscribirse los rasgos de dicha modernidad, en especial el de dotar al pueblo de instituciones políticas democráticas. Soy de la idea de que la democracia es *conditio sine qua non* de la modernidad y que para hacer de México un país democrático y moderno se requería, además de generar instituciones políticas democráticas, hacer que la educación no promoviera ciudadanos sumisos, dependientes y pasivos. Ahora bien, la escuela neokantiana *no* era precisamente un modelo de organización democrática. En

---

<sup>9</sup> Cfr.: Vázquez de Knauth, Josefina, *Nacionalismo y educación en México*, El Colegio de México, México, 1975, pp. 225-241.

realidad funcionaba más bien con un rígido esquema autoritario en el que un pequeño grupo señalaba a los demás las normas y principios y exigía sumisión total. Además esta escuela adolecía de capacidad de asimilación de puntos de vista y tradiciones filosóficas distintas. En buena medida el neokantismo fue, en términos generales, una escuela abstracta y despersonalizada, por lo cual el historicismo, el existencialismo y el circunstancialismo resultaron ser corrientes filosóficas más cercanas a las condiciones históricas y sociales del México que buscaba su identidad nacional.

A mi juicio, la aplicación del sistema filosófico neokantiano a los problemas de la educación nacional tuvo sólo un éxito relativo. Los abundantísimos textos neokantianos eran resúmenes de doctrinas y repasos ordenados de conocimientos, y este orden deparó su éxito durante casi tres décadas como manuales en un ámbito escolar carente de libros de ese tipo.<sup>10</sup> Sin embargo, los neokantianos mexicanos no hicieron aportación alguna a su propia corriente ni estudiaron desde su misma perspectiva aspecto alguno de la realidad nacional, tan urgida en ese momento de abordar una cuestión largamente postergada y sólo parcialmente resuelta: la cuestión de qué es lo mexicano y cuál es su lugar y valor respecto de lo europeo y lo norteamericano.<sup>11</sup> En efecto, “una filosofía mexicana tendrá que afrontar la ambigüedad de nuestra tradición y de nuestra voluntad misma de ser, que si exige una plena originalidad nacional no se satisface con algo que no implique una solución universal”.<sup>12</sup> El filósofo ha de buscar, sin desligarse de sus raíces, elevarse a la pretensión universal de pensar la tradición filosófica. De ahí que Hernández Luna descalifique al movimiento neokantiano de México diciendo que “es posible que merezcan el título de neokantianos...pero en todo caso no hacen honor a lo ‘de México’, toda vez que no han sabido articular su movimiento con la tradición de un siglo de filosofía crítica que circula en el corazón de

---

<sup>10</sup> Cfr.: Villegas, Abelardo, *El pensamiento mexicano en el siglo xx*, México, FCE, 1993, p. 202.

<sup>11</sup> Los objetivos de este trabajo no me permiten detenerme aquí en ese importante asunto. Un estudio cuidadoso de todo ello puede encontrarse en el volumen sobre la filosofía de lo mexicano a cargo de la maestra Elsa Cecilia Frost en esta misma colección. También Guillermo Hurtado ha examinado esta temática en “Dos mitos de la mexicanidad”, *Dianoia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

<sup>12</sup> Cfr.: Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, FCE, México, 1963, pp. 130 y ss. Para Paz la originalidad del mexicano no es, al fin y al cabo, más que la originalidad de todo ser humano. La universalidad del mexicano no puede ser más que su autenticidad.

nuestra patria".<sup>13</sup> Ahora bien, una crítica justa al neokantismo mexicano tendría que señalar que buena parte de las corrientes filosóficas cultivadas en México no están muy lejos de este cargo y descalificación nacionalista.

En 1945, en su quinto Informe de gobierno, Ávila Camacho señalaba que la tarea más urgente era lograr la unidad de todos los mexicanos. Por supuesto, se consideró que la educación era el medio para lograr esta unidad. Con Torres Bodet, la Secretaría de Educación adquirió de nuevo un sentido nacional y enfrentó los dos más agudos problemas: el alto porcentaje de analfabetismo y la carencia de escuelas y maestros capaces. Se fundó la Escuela Normal Superior y el Instituto de Capacitación del Magisterio, se federalizaron varias normales rurales y se aumentó a seis los años de preparación de los maestros. Estos nuevos aires en la SEP serían para los neokantianos como viento en popa.

El empeño por lograr la unidad fue proseguido por Manuel Gual Vidal durante el régimen alemanista. Las preocupaciones fundamentales fueron la multiplicación de aulas, la construcción de nuevos edificios escolares, la preparación masiva de los maestros y el mejoramiento de los métodos pedagógicos. Así, además de las numerosas aulas nuevas se construyó el Conservatorio Nacional de Música y la Ciudad Universitaria. En la SEP se creó la Dirección General de Enseñanza Normal, se fundó la Escuela Normal de Educadoras y se impulsó la publicación de múltiples obras pedagógicas de autores extranjeros. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Larroyo creó la carrera de pedagogía. En estas tareas los neokantianos tuvieron parte importante, pudiendo decirse que durante estos dos regímenes los neokantianos fueron figuras relevantes en el panorama educativo mexicano y que fue la época en que el movimiento neokantiano alcanzó su apogeo: el propio secretario de Educación se declaró seguidor de las doctrinas de Paul Natorp, la SEP otorgó un subsidio al Círculo de amigos de la filosofía crítica y apoyó sus publicaciones; el peso de diversas figuras neokantianas se dejó sentir en la reestructuración de la SEP, en la cual ocuparon importantes cargos; numerosas cátedras de la Escuela Nacional Preparatoria y de múltiples establecimientos de formación del magisterio eran impartidas por neokantianos, quienes impusieron sus textos convirtiéndolos prácticamente en los textos oficiales de dichas instituciones.

<sup>13</sup> *Cfr.*: Hernández Luna, Juan, "El neokantismo ante la tradición filosófica mexicana", p. 299.

---

Personalmente lo que más echo de menos en los libros de los neokantianos mexicanos es que pasaran rozando la superficie de tesis y doctrinas filosóficamente muy ricas y fecundas y que no se hubieran detenido nunca a descender para explorar y profundizar con todo cuidado alguna de esas fértiles zonas del territorio filosófico.

Los neokantianos proporcionaron una doctrina que podía servir como portavoz oficial de la política educativa de los regímenes de Ávila Camacho y Alemán. Pero a diferencia de lo que ocurrió en la SEP, las escuelas normalistas y la Nacional Preparatoria, en el claustro de la Facultad de Filosofía y Letras desde un principio los neokantianos encontraron oposición y recibieron críticas procedentes de las restantes posiciones filosóficas cultivadas en la universidad señalando, en términos generales, su insuficiente rigor y falta de originalidad.

Cerrando esta ventana histórica, diré que a mi juicio el movimiento neokantiano de México fue, desde el punto de vista estrictamente filosófico y no desde el ángulo educativo o político, un movimiento más bien secundario o marginal. Su peso e influencia no fueron decisivos en la vida filosófica de nuestra patria. Tanto es así que hoy las obras de los neokantianos mexicanos son escasas, de difícil acceso y muy poco citadas.